
CONCLUSION.

À LAS MADRES.

I.

Perdonadme si mi débil pluma ha desempeñado mal la tarea que se impuso, mis queridas señoras ; en el libro que termina he querido tratar de un asunto al que en nuestra patria se le da poca importancia y que la tiene muy trascendental, segun ya lo han comprendido en otros países, y segun puede verse con evidencia á poco que en ello se piense.

Sirva de excusa á mi atrevimiento el afecto que siempre he profesado á mi sexo, y la profunda conmiseracion que, en vista de mi propia debilidad, me inspira la mujer en general, tan aislada y tan débil, muchas veces, como la autora de estas páginas, escritas con toda sinceridad.

¿Qué medios de subsistencia propia tiene la mujer con la educacion que hoy recibe? ¿Qué se la enseña? ¿Qué puede hacer? ¿De qué manera podrá evitar los escollos

que rodean por todas partes á la juventud y á la belleza desvalidas?

A principios de este siglo se decia en España que la mujer no debia saber ni áun escribir, siendo creencia muy arraigada el que el saber redactar medianamente una carta las conducia á su perdicion; despues las exigencias de la época han hecho desear que la mujer fuese agradable, y se la ha sacado algun tanto de la mezquina esfera de los quehaceres domésticos, enseñándola á dibujar una flor, á traducir medianamente el frances y á tocar en el piano dos ó tres piecitas de cortas dimensiones; más en cuanto á formar su corazón, á ilustrar su entendimiento, á elevar su inteligencia, nada se ha hecho, y sigue en la más completa ignorancia.

Se la exige, sin embargo, que sea buena esposa y buena madre, como si pudiera enseñar lo que no aprendió; se la exige que sea virtuosa y honrada, es decir, se la exige que si le faltan los medios de vida material que le daba un padre, un esposo, un hermano, consuma su existencia en una labor mecánica que le produce lo bastante para no morir de hambre, pero que la sujeta á toda clase de privaciones y de penalidades que van minando su vida, que la van asesinando poco á poco.

II.

Repetiré, pues, lo que ya he dicho, y no os extrañe que insista en ello; creo que para elevar algun tanto la triste, la precaria situacion de vuestras hijas, creo que para formar á la mujer son precisas dos cosas: educacion é instruccion.

La instruccion es la parte adquirida, esto es, lo que viene, por decirlo así, de fuera á dentro.

La educacion es lo que perfecciona, lo que puede transmitir la mujer á sus hijos.

La educacion forma el corazón, eleva el alma por medio de la enseñanza de la ley moral, por el conocimiento del deber y por el amor á la observancia del mismo.

La instruccion adorna la inteligencia de conocimientos útiles, y da los medios de que una mujer se gane la vida con decoro é independencia.

Es, pues, á mi juicio, tan preciso educar á la mujer como lo es instruírla.

Es preciso hacerla buena y hacerla apta para alguna ocupacion productiva que la liberte de los horrores del hambre y de los peligros de la seduccion.

¡Cuántas desdichadas hubieran evitado el primer escollo si hubieran tenido medios de ganarse la vida! Acaso hubieran sido modelos de honradez y de laboriosidad, si hubieran tenido sólidas nociones del bien y un medio productivo de adquirir el pan preciso! ¡Acaso hubieran sido excelentes esposas y madres ejemplares!

Repitamos con Mad. Campman, «si quereis reformar la sociedad, mejorad la educacion de la mujer»; el hombre recibe de su madre las primeras ideas, y si éstas no son rectas, influyen en toda su vida de un modo desgraciado y directo, porque las primeras ideas son las que con más fuerza se imprimen.

Ejemplo de esta verdad nos presentan dos hombres ilustres, y que he citado en otro de mis libros: lord Byron y Lamartine; aquél, hijo de una mujer helada, am-

biciosa, descuidada, dura y severa para su hijo; fué toda su vida el juguete infeliz de sus pasiones; y todo el poder, toda la brillantez de su genio, no pudieron libertarle de ser uno de los hombres más desgraciados de la tierra; no creía en nada, ni en el amor, ni en la amistad, ni aún en sí mismo; toda su vida anduvo errante en busca de la felicidad, y llevando en sí mismo el germen de la desgracia.

Alfonso de Lamartine debió el sér á una mujer de condicion dulce, de alma elevada, de corazon sensible, de superior inteligencia; y estas dotes, que él heredó en vida, y que el tierno amor de su madre desenvolvió, formaron al gran poeta que nos encanta y que todos admiramos; en sus *Confidencias*, vemos á Mad. Lamartine ser la amiga de su hijo; vende sus alhajas para proporcionarle los recursos que le faltan en el viaje que intenta, y cuando un amor desgraciado viene á llenar de amargura el alma del poeta, su madre comparte con él sus angustias, sus dolores, y presta el abrigo de su corazon, á aquel corazon desgarrado.

III.

No soy partidaria de que la mujer abarque aquellos ramos del saber humano, que parecen propios solamente de una inteligencia varonil; deseo á la mujer buena sobre todo, útil á sí misma y á su familia; pero no la concibo sino bella, dulce y consoladora para los suyos;

las mujeres sábias me asustan; las instruidas me encantan; el triste olivo, que da tan sabroso y útil fruto, no es tan bello á la vista como la rosa perfumada que da tan exquisita y preciada esencia; por eso la rosa tiene más apasionados que el olivo, pues siendo útil tambien, lo es de un modo más grato y más amable.

Creo que puede hacerse á la mujer útil en el terreno del arte, pero no en el de la ciencia; enséñesela con perfeccion la pintura, la música, la escultura, en la que tantas han sobresalido; pero enséñeseles no de una manera superficial, sino sólida; no de manera que se entretengan, sino de modo que puedan enseñar; de un modo que les pueda hacer ganar su vida, subvenir á sus necesidades y proveer al sostenimiento de su familia.

He oido á muchas mujeres lamentarse en los dias de la desgracia de la educacion frívola que han recibido, y de que sus padres no han cuidado de su porvenir.

— ¿Qué me han enseñado? me decia una con profunda amargura. ¿Qué sé yo? ¿Tengo algun recurso de que me sea dado valerme, hoy que tengo á mi esposo enfermo y sin poder ganar el pan de sus hijos? Me han enseñado á bordar una flor, á copiar muy mal un paisaje, á cantar dos ó tres romanzas de salon y á tocar en el piano algunas piezas; adornos de la vanidad, y nada positivo, nada verdadero, nada útil. ¡Ah! En la época en que hemos nacido, los padres deberian pensar en dar á sus hijas una educacion que les sirviese para ganar algun dinero, que les preservase de los horrores de la indigencia!

La pobre mujer tenía razon; lo que ella sabia hacer era muy caro, pues para esa educacion superficial, en

vez de ganar, se gasta dinero ; cuando el piano se tiene que vender, cuando no hay dinero para comprar batista, ¿de qué sirven esas frívolas, esas costosas habilidades, á las que está reducida hoy la educacion femenina?

IV.

Desde el grado más alto en que puede ser la inteligencia un elemento de vida, hasta el más modesto, la mujer puede ser útil, si se la educa para ello.

Una mujer que se dedicase á hacer retratos, tendria mayor clientela que un hombre.

Una mujer que se dedicase á poner guantes, tendria más compradores que un hombre dedicado á la misma ocupacion.

Quedan despues las honrosas excepciones en las letras, entre las que se encontrarian muchas, si hubiesen tenido una educacion á propósito para ello, y se les alentase á dar á conocer su talento ; las profundas novelistas inglesas dan bien á conocer en sus obras que han recibido una educacion esmerada y que han hecho estudios serios ; aquí, la que canta es como los pájaros, porque el cantar es en ella una necesidad imperiosa, y se ahogaria si callase.

Hacer á la mujer buena, é instruirla, para que en caso de necesidad se baste á sí misma, es una grande obra que está por comenzar ; hácia ella llamamos la atencion de todos los espíritus generosos ; y no es que deseemos la extincion del hogar, puerto de paz, donde el hombre descansa de sus fatigas y sinsabores, no ; lo que desea-

mos es la ilustracion del hogar, y que éste se haga lo más agradable posible.

Hácia este punto llamamos particularmente la atencion de las madres de familia ; es bueno y justo enseñar á las niñas todas las gracias de una educacion perfecta y elegante ; pero entre sus diversas habilidades, que haya una poseida en tan alto grado, que pueda servirles de recurso ; que sepa la música, la pintura ó algunos idiomas extranjeros, de tal modo que los puedan enseñar, ó que puedan llevar la correspondencia y contabilidad de una casa de comercio, como sucede en Francia é Inglaterra.

En nuestro siglo, tan turbulento, las fortunas que parecen más sólidas no están seguras ; de un instante á otro vienen al suelo posiciones que se creian inamovibles, y es una crueldad que se piense sólo en el porvenir de los hijos, y se deje á las hijas, por la sola razon de ser más débiles, en el mayor abandono.

No es la literatura hoy camino tan cerrado para la mujer como lo era hace algunos años ; la que nazca con la centella vivificadora que se llama talento, déjesela la libertad del pensamiento, la más sagrada de todas las libertades, y concédasele tambien el que la dé forma ; la que esto escribe — lo dice con orgullo y en honor de su patria — vive sólo de la literatura, y su pluma es su único patrimonio. Es verdad que han surgido obstáculos en su camino ; es verdad que trabaja, que lucha ; pero casi siempre vence, y cuando no, se resigna ; que no son la resignacion y la paciencia los sostenes más pequeños de la dicha y del bienestar de la mujer.

La primera parte de este libro, mis queridas señoras, es, como ya os dije, moral, teórica, por decirlo así; la segunda es la vida práctica ó real; pero ambas tienen la misma tendencia: el bien de la mujer, su ilustración, su importancia, el modo con que debe ser considerada y amada.

La que ha escrito estos desaliñados renglones no ha tomado una vez la pluma, que no haya sido para defender á su sexo, para disminuir sus penas, para darle aliento y valor en los dolores de la vida; muy débiles son sus fuerzas, y de ellas ha desconfiado más que nunca al tratar de asunto tan delicado y tan digno de una pluma mejor y más experimentada; pero válgale la pureza y sinceridad de su deseo, y excusad, madres amorosas y tiernas, la forma singular en que ha reunido estos pensamientos, que os ofrece como un ramillete de flores incul-
tas que han brotado en el fondo su alma, y que os dedica con tanto cariño como profunda simpatía.

FIN.

ÍNDICE.

	Páginas.
Á MIS LECTORAS.	5
PARTE PRIMERA.—LA DICHA DE LA TIERRA.	
PRÓLOGO.. . . .	11
Á MI HIJA.	15
LIBRO PRIMERO.	
I. Elena.	19
II. El casamiento.	24
III. Explicaciones.. . . .	32
IV. La institutriz.. . . .	37
V. Dos almas grandes.	44
VI. En paseo.	53
VII. Lógica.	58
VIII. Luz y sombra.	64
IX. Sueños y realidades.	71
X. Desesperacion.	77
XI. La novia.	83
LIBRO SEGUNDO.	
I. Un héroe.	93
II. Mi educacion.	96
III. Mi espejo.	103
IV. El teatro.	111
V. En la ópera.	113
VI. La vuelta á casa.	118
VII. Impresiones.	123
VIII. Un traje y una carta.	138
IX. La boda.	144